

la obra Elías y Tomás, dejando concluido en Febrero el ritual de Aprendiz, con aquellas pruebas que se conservan hasta nuestros días, con aquellos viajes, aquel bautismo por el fuego, etc.

Por el mismo año moría en Polonia un famoso rosa-cruz, Svendivogius, anabaptista á quien el gran maestro Valentín Andreæ había ganado para el gnosticismo socinista y que llegó á ser experto alquimista y celoso propagador del ocultismo.

En el ínterin, Tomás Vaughan despues de dejar en poder de Ashmole un resumen del simbolismo que era menester introducir en el grado de Compañero, partió para América con el ansia de ver realizada en su favor la prediccion de Lucifer, y desembarcó en Boston.

Muy sabido es que allá se hizo de amistad con el boticario Starkey. George Starkey, el inventor del jabon de trementina, todavía en uso, más de una vez certificó, vuelto á Inglaterra, que en América había conocido al «Filaletto» y que «ese filósofo entraba con mucha familiaridad á su laboratorio, donde á veces hacía transformar en oro los metales imperfectos.» Lenglet-Dufresnóy, prelado francés, apreciable autor de una vida de Juana de Arco, expresa en su *Historia de la Filosofía hermética* (1742), que muchas veces recibió Starkey de Tomás Vaughan barritas de ese mismo oro que por medio de sus secretas operaciones de alquimia había obtenido; y el propio autor añade: «Pero Filaletto, que era un hombre arreglado y de buenas

costumbres, pudo notar que el boticario derrochaba en desórdenes lo que le daba, y se alejó de él, sin volver á verle más.» Muy erróneamente han atribuido algunos á Starkey el seudónimo de *Eirenaeus Philalethes*.

Filaletto no se limitó á visitar á sus compatriotas colonizadores, sino que se internó mucho en las tierras de la costa oriental. Era que una vision le había hecho ver que Vénus Astartea se uniría con él en una de aquellas tribus indígenas que los conquistadores de la Nueva Inglaterra siempre rechazaban más y más hácia el interior.

Un mes entero estuvo entre los Lenni-Lennaps, respetado de ellos, al grado de que no sólo no atentaron contra su vida, sino que le trataron con todo género de miramientos.

En pleno país salvaje fué donde se desposó con la demonio que tomó figura humana, dándose á sí misma el nombre de Vénus Astartea, reina de los cielos superiores, primera princesa del reino de Lucifer.

Una noche de estío, segun el relato de Filaletto, en que se paseaba por un bosque á la suave y hermosa luz de una luna nueva, el astro nocturno, cuya claridad penetraba por entre las ramas de los árboles, pareció de repente como que se aproximaba deslizándose á manera de fulgor resplandeciente, y que poco á poco iba acercándose y acercándose á la tierra, aquella hermosa media luna que semejaba un lecho arqueado luminoso y flotando en el espacio. Una mujer de maravillosa

hermosura descansaba tranquila en aquel celestial lecho, con la cabeza graciosamente reclinada en el torneado brazo. Transformada así la luna sin aumentar de tamaño al ir acercándose, descendió hácia Filaleto, abriendo blandamente sus ramas los árboles para darle paso y saludando con sus melodiosos trinos á la reina demonio Vénus Astartea, los pájaros al despertar sin el menor sobresalto. Aquella Vénus era precisamente la esposa prometida por Lucifer á Tomás Vaughan.

Añade la leyenda que el lecho-nave lentamente descansó por sí mismo en un claro, y que los arbustos del rededor se inflamaron sin consumirse. En seguida, como si brotada de la tierra, apareció multitud de demonios que semejaban niños de siete á ocho años, cargados de flores que se acercaron á ofrecer á la diosa. La cual, medio incorporándose en su lecho, mientras Filaleto se arrojaba á sus piés, le tomó la mano y le puso en el dedo un anillo nupcial que traía consigo; anillo de oro rojo, con un diamante, y que no debería portar Filaleto sino durante los once días de su union con Vénus, pues ésta había de llevarsele al subir al cielo.

Los once días que la reina de los cielos superiores pasó en la tierra, los infantiles demonios sirvieron á los dos esposos, quienes habitaban en una tienda de fantástica riqueza, levantada allí mismo en la selva, de donde se retiró todo animal nocivo. Alimentándose Vénus Astartea y Tomás Vaughan con manjares suculentos y exquisitas

frutas, y bebiendo brebajes deliciosos que les servían los trasgos, parecía como si ya hubieran olvidado, ella, la corte de Lucifer, él, la humanidad.

Por fin, el undécimo día, Filaleto fué padre de una niña, y, despidiéndose Vénus Astartea de su esposo terrestre, tomó el anillo nupcial y se elevó por los aires en su luminosa nave, en la misma luna creciente dispuesta á manera de lecho. Tienda y trasgos se desvanecieron como si todo aquello hubiese sido un sueño. Pero no lo era la niña que en los brazos tenía Tomás.

La diosa, al separarse de él, le dijo: «Haz á un lado todo afecto de corazón: tú no debes educar á nuestra hija, sino que la entregarás á una familia de estos indios de alma cándida, escogiendo como la más pura á la que te designen los ancianos de la tribu con el nombre de «familia de adoradores del fuego.»

Filaleto hizo lo que se le ordenó, dejando á la niña en poder de una familia de Lenni-Lennaps, y partió para no volver á verla jamás, bien que dejando asimismo, en manos de los hombres de roja piel, una especie de medallon, donde con toda perfeccion había sido grabado por mano diabólica su retrato, á fin de que la niña pudiera conocer más tarde, cuando menos su fisonomía, y la enseñó á pronunciar el nombre luciferiano «Diana,» que le puso él mismo y que tambien se grabó abajo del suyo en el medallon. Pero los de roja piel que educaron á la niña no se contentaron con llamarla así, sino que le dieron además otro nombre, y

Miss Vaughan.—T. I.—33.

fué el que se le quedó: *Wulisso-Vaghan*, que en lengua lennape significa «perfecta Hermosura.»

Tal es la leyenda relativa al nacimiento de la primera Diana Vaughan, leyenda con la cual se enorgullecía mi padre y en que creí todo el tiempo que viví en el error. Debo decir en honor de la verdad, que no todos los MAGOS ELECTOS aceptan la tal leyenda, pues hay quienes la tengan como inventada por mi bisabuelo James, de Boston, á quien reputan como de origen delawareo—cuando ménos de sangre mezclada,—y hasta dicen que para hacerse pasar por inglés se atribuyó una genealogía enteramente falsa, á fin de justificar la transformación que sufrió el apellido lennape Vaughan en el de Vaughan. Pero en este punto se aventuran mucho los adversarios de la leyenda luciferiana de Tomás Vaughan

Acabo de decir que durante el tiempo que viví entre tinieblas, creí en aquella maravillosa leyenda. Perdóneseme por semejante creencia: mi cuna se meció narrándose-mela, y mil y mil veces se me repitió á medida que iba yo creciendo.

Y ¡cuán orgullosa no me sentía con la tal leyenda, pobre de mí, crédula á quien cegó Satanás!

Púsome mi padre el nombre de Diana en memoria de la hija de Astartea y de Filaleto. Era yo, pues, la segunda Diana Vaughan; era, en cierto modo, la Diana de sangre celestial vuelta á encarnar. En mí revivía el fruto de una alianza, que hoy llamaría yo diabólica, si todavía creyera en ella, pero que entónces tenía por union cuasi-divina, en virtud de que Astartea es la reina de los demonios para los paladistas, la que en union de Astaroth y de Moloch ocupa el primer lugar despues de Baal-Zebub.

Por esta razon, para conmemorar la milagrosa descension del astro de la noche que trajo á Tomás Vaughan su celestial esposa; para dejar bien establecido simbólicamente aquel extraordinario acontecimiento, se fundó en honra mía, en la colonia francesa de Nueva York, aquel taller paládico tan activo, tan conocido por todos los Hermanos y Hermanas de la alta masonería de ambos Mundos, que se llamó con el nombre de *Phébé-la-Rose*, y del cual fuí gran maestro *ad vitam*. Entónces ignoraba yo el sentido masónico de la rosa, que, á haberle sabido, no hubiese aceptado.

«Phébé,» nombre pagano de la luna, equivale á «Diana;» pero en ocultismo paládico, Diana tiene otro sentido más claramente luciferiano. *Diana*, fuerza es que lo diga yo para confusion propia, para humillarme ahora, es Lucifer hecho hembra; *Diana*, en cierta manera, es *Lucifera*.

Con recorrer las diversas etimologías de la palabra «diana,» se hallará aquella secreta signifi-

cacion. *Diva*, que en sanscrito significa *cielo*, tiene como raíz *div*, que quiere decir *brillar*; y de allí vienen tambien, dicen, el principal nombre arriano de la divinidad. Pues bien, del sanscrito *diva*, el latin ha sacado *divum*; y *divum*, que tiene por equivalente el sustantivo *dium*, como se vé en Varron, Virgilio, Horacio, etc., significa *cielo*; y *dius*, adjetivo, cuyo femenino es *dia*, significa á la vez *divino* (en Ovidio, Lucrecio y Virgilio), *celestes* (en el poeta Prudencio), y, más expresamente aún, «de Júpiter,» segun Varron y el gramático Festus. ¿Será necesario añadir que Lucifer en persona era el que se hacía adorar con los nombres de Júpiter, como la demonio Astartea con el de Vénus? De ese modo, desde el punto de vista etimológico, *Diana* en latin, quiere decir la celeste, la *jupiteriana*, si vale expresarse así.

Sabido es tambien que en el simbolismo masónico, el Gran Arquitecto del Universo, es decir, Satán, está figurado, notablemente en muchas instrucciones rituales, por la estrella de la mañana, que se llama «Lucifer.» De modo que aún en este sentido, *Diana* equivale á *Lucifera*. Me basta recordar, con todos los filólogos, que la palabra española *diana*, de un adjetivo antiguo *diano*, derivado de *dià*, el cual viene del latin *dies* (día), significa exactamente la estrella de la mañana; y nada ménos de ahí, es de donde trae su origen la *diana*, la *diana* que es el canto matinal, la *diana* que en el ejército se toca ó bate para despertar á la tropa en los primeros albores del día, en el ins-

tante en que brilla en el firmamento la estrella de la mañana, Lucifer.

Por último, al tiempo de consagrar los alquimistas la plata á Phébé (1), á la luna y á Vénus Astartea, recuerdan tambien el sentido luciferiano de Diana, al llamar con el nombre de «árbol de Diana» á cierta amalgama de plata y mercurio, que forma una especie de arborización de hilos metálicos y de cristales.

Era yo, pues, simplemente *Diana*, para todos, pero *Lucifera* para los Magos Electos y las Maestras Templarias Soberanas. Cuando me correspondía presidir alguna tenida de perfecto triángulo, ántes de tomar asiento los Magos electos se acercaban, doblaban delante de mí la rodilla derecha, me besaban la mano y me decían: «¡Te saludamos reverentes, altísima hermana Lucifera!»

¡Cuánto me pesó aquel nombre cuando Dios, en su infinita bondad, hizo que abriera yo los ojos á la verdadera luz! Por el santo bautismo quedé libre de aquel nombre que me llenaba de tristeza el corazon, y hoy maldigo ese recuerdo. Yo no quería firmar ya con mi nombre que era para mí pesadilla atormentadora; pero habiendo expuesto á mi director el estado de turbacion en que me encontraba, consulté con otro de mis consejeros, que es un venerable eclesiástico, y éste opinó que siendo conocida yo públicamente con el nombre y

(1) No sabemos si este Phébé, que antes vimos ya, será el mismo *Phébus* del francés que en castellano significa *Febo*, nombre mitológico de Apolo y también del Sol.
—N. T.

apellido de «Diana Vaughan,» cambiar bruscamente de firma podría redundar en menoscabo de mis revelaciones. Es tanta la malicia del enemigo común, añadió, que muy pronto se esparciría el rumor de que «Juana Vaughan» no era «Diana Vaughan,» sino otra persona absolutamente distinta.

Era menester, pues, por mucho que me costara, seguir usando aquel nombre en mis escritos públicos, y opté por firmar como creyó necesario que lo hiciera, pero escribiendo á continuación los tres nuevos nombres que recibí en el bautismo. Volví de nuevo á mi turbación, y volví á querer firmarme «Juana.»

Estaba á punto de resolverme á ello, á pesar de mis consejeros, dejando definitivamente mi nombre infernal, y hasta me disponía á participarlo á mi director, cuando un día, entre la correspondencia que recibí, venía un tomito que había salido en las prensas romanas de la Imprenta de la Propaganda, y saltó mi corazón de alegría, no bien me fijé en el título de aquella obrita.

¡Gracias buen padre dominico; á quien Dios inspiró en esa ocasion! Vos sois quien me trajo la paz, y á vos debo haber podido conciliar con un deber de conciencia la exigencia que me hacía sufrir.

¡Con cuánta alegría no devoré tus páginas, librito edificante! Ignoraba yo hasta hoy que hubiera existido la Bienaventurada Diana de Andalo, convertida como yo y una de las glorias más puras

de la Orden de Santo Domingo. Diana de Andalo, hija de un podestá de Bolonia, fué conquistada por siempre para Dios por el Bienaventurado Reinaldo, discípulo de Domingo; aquel Reinaldo á quien la Santísima Virgen María curó de una fiebre mortal, á quien se le apareció en su agonía y á quien despues de aplicarle una unción celestial, mostró como á mandatario escogido, la forma del hábito que ella misma inventara para sus predilectos hijos los Hermanos Predicadores.

No más sufrir entónces, que me parece como que ese nombre ha lavado en mí el borron diabólico. Y bien puedo seguir usándole, puesto que es nombre de una Bienaventurada, de una dominica á quien la Iglesia colocó ya en los altares.

Además, al leer aquel librito, no podía yo menos que hacer ciertas comparaciones. El Bienaventurado Reinaldo es el decano de la Colegiata de San Aignan en Orleans. ¡Orleans, la ciudad donde probó Juana de Arco que había sido enviada por Dios! ¡Orleans, cuyo nombre es inseparable del de la santa heroína en la gloria cotidiana y francesa! La Bienaventurada Diana era de Bolonia. ¡Bolonia, donde ahora se enorgullece Giosué Cárducci, el chantre de Satan, de ser uno de sus hijos. . . . ; ¡Oh Satanás! ya te venceremos nosotros, ya te venceremos con el auxilio de la Bienaventurada Diana de Andalo, del Bienaventurado Reinaldo y de la venerable Juana de Arco! ¡Sí, te venceremos! (1)

(1) Vease cómo se refiere la conversion de Diana de Andalo:

La primera Diana Vaughan no tiene otra historia que la consignada en el testamento de mi bisabuelo James; lo demás que acerca de ella se

«Nació en un medio, noble y religioso á la par, pero apasionado y militante que el cargo que su padre ejercía no era simple magistrado civil, sino que éste le imponía el deber de mandar á la fuerza armada en caso de guerra: cosa frecuente en aquellos tiempos en que sin cesar reinaban las discordias y las facciones.» El carácter de Diana debió resentirse de ello.

«Algo había en su alma de la inteligencia, de la grandeza y del valor de su padre y de sus hermanos, templado, no obstante, ese algo con las cualidades propias de su sexo, ó bien con aquellas con que la había enriquecido la Providencia á ella en particular, en atención al porvenir que le reservaba. Carácter vivo y sincero, alma sensible, corazón expansivo y compasivo, palabra seductora, voluntad firme para continuar el bien: á tales disposiciones morales se juntaba una rara hermosa material que inspiraba simpatía mezclada de respeto, y era como espejo que hacía resplandecer mejor sus dones. Si es verdad, como lo dicen algunos autores, que se escogió para ella en el bautismo el nombre de *Diana* como alusión á la estrella de la mañana, lo es también que justificó el augurio y fué astro puro, dulce y alegre, primero para consuelo de su familia y despues para gloria de la Orden de Santo Domingo.

«Sin embargo, ninguna de aquellas aspiraciones precoces que arrebatan en la historia de muchos santos, ofrecía en su infancia nuestra Diana con su piedad; por el contrario, mostraba, á lo que parece, cierta inclinación á lo mundano, particularmente al lujo en el adorno; lujo que las riquezas de su familia tan fácilmente le proporcionaban y que tanto hacía resaltar las gracias de su persona. Fué menester una circunstancia inesperada para que se obrara en ella un cambio absoluto.»

(El autor refiere la mision del Bienaventurado Reinaldo de Bolonia.)

«El pueblo de Bolonia ocurría á escuchar los sermones de Reinaldo, al principio únicamente por la curiosidad de ver el nuevo hábito cuyo origen no sabía, pero muy luego arrebatado por su palabra evangélica, austera, seductora, inflamada. Toda la ciudad estaba conmovida creyendo escuchar á otro Elías de celo devorador, á otro Pablo de conceptos populares y avasalladores. Ora predicara en la Mascarella, ora en la Catedral ó en la plaza pública, siempre su palabra producía el mismo pasmo en el auditorio, en el cual habia algunos estudiantes y doctores de la Universidad.

Entónces fué cuando ciertos Maestros de los más ilustres, no satisfechos todavia con el placer que les propor-

ha dicho en otros relatos ó en conferencias de los triángulos, no tiene más fundamento que tradiciones no comprobadas. Ya tendré ocasion de volver á ocuparme en ello.

Como quiera que sea, importa ante todo fijar la parte que verdaderamente correspondió á Elías Ashmole en la composicion de los tres grados simbólicos, base de toda masonería: eso es lo interesante. El grado de Compañero fué compuesto en 1648, y en aquel entónces, Filaleto se hallaba en América; pero he dicho, y lo sostengo, que Ashmole se guió en sus trabajos por los datos que Tomás Vaughan le dejó al morir.

cionaban aquellos raudales de vida salidos de sus labios, quisieron tener parte en el manantial, entregándosele como religiosos (B. Clair de Bolonia, B. Moneta de Cremona, H. Roland, célebre maestro en filosofia, etc.) Tan profunda fué la impresion que produjo en las escuelas el ingreso de todos ellos en la religion, que algunos estudiantes engolfados en los placeres, se imponían á sí mismos la prohibicion de ir á los sermones temiendo quedar también subyugados.

«Empero, no únicamente á aquellos doctores conquistó Reinaldo: no tardó Diana en ser uno de sus discípulos más entusiastas. Entre los dones que la adornaban, era uno la palabra; tanto, que sus contemporáneos no vacilaron en darle un calificativo no de uso para las mujeres, y llamáronla: «muy elocuente, muy diserta, *eloquentissima, disertissima.*» Lo que ella poseía lo reconocía en los demás; y era de las damas de la ciudad que con más constancia se iban á situar al pie de la cátedra sagrada. Así, pues, un día que llegó á la iglesia, adornada como de costumbre con los vestidos más espléndidos que posea, oyó al Bienaventurado Padre que tomaba precisamente como tema de su discurso el abuso del lujo y de la vanidad en las mujeres del mundo, citando las palabras de San Pablo á Timoteo: «Que en el adorno de sus vestidos cuiden las mujeres de la sobriedad y la moderación; y luego las de San Pedro, en la epístola canónica: «Que se guarden de la afectacion exterior en el peinado, las joyas de oro y los vestidos.» Cayeron tales palabras en el corazón de Diana como en tierra preparada con mucha anterioridad, y echaron profundas raíces en él, produciendo en el acto opimos frutos. Dócil á los movimientos

Miss Vaughan.—T. I.—34.

A fines del citado año, fué cuando mi antepasado volvió á Inglaterra, desde donde comenzó á dirigir la Fraternidad de la Rosa-Cruz: porque una carta de Valentin Andreæ, fechada el 15 de Diciembre de 1650 en Bebenhausen, y que se conserva en el archivo del Soberano Consejo Patriarcal de Hamburgo, hace ver que le había dado amplias facultades á Filaleto; y esa misma carta, de gran valor histórico, expresa que el capellan del duque de Brunswick-Wolfenbüttel sabía que Tomás Vaughan había sido elegido como sucesor de aquel por Lucifer mismo; razon por la cual reconoció en él la mayor autoridad despues de la de Valentin en la Fraternidad. Igualmente se indica en la propia carta, que en 1649, con anuencia del mismo Valentin, encargó Filaleto una mision al italiano Francesco Borri. De esto volveremos á hablar al hacerlo acerca de la divina Eucaristía.

Urge me demostrar que Tomás Vaughan, y no

del Espíritu Santo, se despojó sin dilacion de sus más hermosos trajes, de sus pedrerías y de otros adornos por el estilo que las mujeres del mundo tienen en tan alta estima. Y, para que la transformacion del alma estuviese en consonancia con el cambio de su exterior, se acercó á Reinaldo, á fin de pedirle consejo, dócil como una oveja. De ese modo pudo admirar de cerca el género de vida que observaban los Hermanos, y se sintió resuelta á imitarlos. Estaba, pues, cambiada; acababa de comprender toda la malicia del mundo y lo peligrosas que son sus prácticas, no ménos que el deber que hay de menospreciarle sin respeto humano y el triste estado á que llega un corazon que, sin entregarse á faltas graves, vive habitualmente lejos de Dios." (*Vida de la Bienaventurada Diana de Andalo*, fundadora del convento de Santa Inés, de la Orden de los Hermanos Predicadores, en Bolonia, por el P. Fr. Jacinto María Cormier. Roma, imprenta de la Propaganda; 1892).

Elías Ashmole, fué el verdadero autor del grado simbólico de Maestro, el más importante en la Francmasonería.

Ese grado de Maestro fué compuesto en 1649, cuando Tomás Vauhgan tenía treinta y siete años y Ashmole treinta y dos de edad.

Por este tiempo, Ashmole preparaba ya, no sólo su tratadito de alquimia, que firmó con el anagrama «James Hasolle» y que se publicó en el siguiente año; sino tambien su obra grande, el *Theatrum Chemicum*, cuyo tomo I se publicó en 1652. Entónces, tambien, formaba una coleccion de tratados antiguos sobre alquimia; y habiéndose ligado con un sabio anciano que llegó á ser Rosa-Cruz, y lo era el maestro Backhouse, que le daba el título de "su hijo", tenía fija la atencion en varias obras de cábalas y de hermetismo, escritas las más de ellas en hebreo. Esa fué la época en que se puso bajo la direccion del rabino Salomon Franch para comprender los autores ocultistas del judaismo talmúdico; en consecuencia, había aprendido los rudimentos de la lengua sagrada, y esos estudios le condujeron al exámen de algunos Targums.

Recordemos en dos palabras que los Targums son aquellas paráfrasis caldáicas del Antiguo Testamento que, fuera de la traduccion de la Biblia, contienen toda clase de leyendas añadidas por la tradicion popular. Sabido es cuan fatal fué la cautividad de Babilonia para la lengua nacional de los judíos; á tal grado se habían mez-

clado los dialectos caldeo y hebreo, que, al volver á Jerusalem, los hijos de Israel hablaron una lengua nueva y no comprendían ya sus libros santos. Para predicar la Biblia al pueblo y explicársela, hacían los sacerdotes comentarios en lengua más ó ménos caldea, hasta que sucedió, por una série de acontecimientos absolutamente naturales, que acabaran por escribirse aquellas glosas orales, que hoy se conocen con el nombre de *targum*, interpretacion.

Los autores católicos antimasones reprochan gustosamente á la secta el haber formado con toda clase de piezas la leyenda de Hiram, que es el fondo de la instruccion que se da al conferir el grado de Maestro; abren la Biblia, alegan que apénas si se cita en ella á ese Hiram, y triunfan. En este punto, el reproche es en su mayor parte infundado.

Hay que ser justos en todo. Ilustremos algo la materia.

Ni Ashmole ni Tomás Vaughan dicen de dónde sacaron la leyenda de Hiram para introducirla en la instruccion masónica. Ashmole, que pasa por el único autor del grado de Maestro, ha sido tratado de impostor por este motivo; lo cual es una injusticia tambien.

Mi tío, profundo conocedor de las lenguas primitivas y que enseñaría al mismo M. Le Chartier, tuvo la curiosidad de entregarse á varias investigaciones. Poco más ó ménos, quiere decir, quitando lo que permite interpretar en sentido luciferia-

no, la leyenda de Hiram, encuéntrase ella en uno de los diez principales Targums, atribuido á Jonathan-ben-Uzziel.

Cuando mi tío me daba lecciones de hebreo—lecciones que, dicho sea de paso, poco me aprovecharon,—me traducía la leyenda de Hiram para hacerme resaltar las diferencias más patentes que había entre los dos dialectos, y esforzábame en hacer entrar en mi pobre cerebro (tormento inolvidable!) cuánto era de estilo imperfecto junto á la verdad, aquella paráfrasis caldaica falsamente atribuida á Jonathan-ben-Uzziel.

Mas he aquí lo que absolutamente he olvidado, pues quedó bien grabado en mi memoria, y aseguro que no incurro en ningun quid pro quo:

Para hacer creer que Jonathan estaba inspirado por Dios al escribir aquellos Targums, supusieron los judíos ciertos milagros. Así, nada le podía distraer, pues el pájaro que se atrevía á volar cerca de él y la mosca que osaba pararse en su papiro, instantáneamente quedaban consumidos por el fuego del cielo sin que echara de ver nada el escritor.

Y bien; no, Jonathan-ben-Uzziel no estaba inspirado. Por principio de cuentas, no hay conformidad acerca de la época en que vivió: los judíos le hacen contemporáneo de Zacarías, que volvió completamente rejuvenecido con Zorobabel de la cautividad de Babilonia y profetizó en tiempo de Darius; pero graves autores opinan que, muy por el contrario, vivió en el segundo siglo despues de

Jesucristo: y es la opinion de muchos, que sin duda tambien se engañan. El orientalista Jahn, en su *Crestomatia caldea*, asegura que el Targum que parece ser verdaderamente de Jonathan, y es el que comprende los libros de *Josué*, de los *Jueces*, etc., es en realidad una compilacion de versiones más ó ménos antiguas que datan de tres siglos ántes de Jesucristo. ¿Quièn dice la verdad? Seguramente, no los judíos. Otro Targum atribuido á Jonathan contiene inauditos anacronismos, por los cuales se denuncia ¡y con qué torpezal á sí misma la superchería. Háblase de los turcos en ese Targum: cosa que me sorprendió al grado de no haber podido ménos que hacerlo observar á mi tío. Indudable era que un autor que hablaba de los turcos no había vivido en tiempo del profeta Zacarías.

Sea lo que fuere respecto de la época en que se escribieron los Targums, un simple compilador no es inspirado. Mas por la existencia de los Targums mismos está demostrado tambien que no es imputable la invencion de la leyenda de Hiram ni á Filaleto, ni á Ashmole, ni aún á la Francmasonería.

Tomás Vaughan conocía el hebreo tan bien y aún mejor que Ashmole; mas no me fundo en eso para sostener que Elías no es el único autor del grado de Maestro. Más aún: creo que no fué sino un colaborador de segundo orden.

En no muy lejano tiempo, en que el H. Goblet d'Aviella todavía no pedía que se me quitara de

en medio, no importaba el cómo—«aquella mujer ha pisoteado sus juramentos más sagrados y no merece ningun género de compasion» (bóveda del 30 de Junio de 1894;—en otro tiempo, digo, en que hablábamos amigablemente, él de su teoría acerca del Fuego, y yo del origen socinista de la Francmasonería, logré convencer al ilustre jefe del Paladismo belga de que la prueba de la paternidad del grado de Maestro está patente en favor de mi antepasado, en el cuaderno interpretativo de Friedrich Helvetius, cuyo original obra en el archivo del antiquísimo capítulo de Rosa-Cruz *Baldwyn*, de Bristol, y del cual original hay una copia auténtica sacada por Teófilo Désaguliers, en el capítulo *Mediterranean*, establecido en Gibraltar bajo la jurisdiccion del Supremo Consejo de Escocia (manuscritos autógrafos de Désaguliers, n.º 17). El H. Goblet conocía un documento que era confirmacion de esto y que llegó á tener en su poder, segun me decía, en un viaje que hizo á Indias.

Helvetius, el alquimista, rosa-cruz profundamente simpático para el gran jefe paladista de Bélgica, fué—y esto es incontestable—fué discípulo de Tomás Vaughan, como éste lo fué de Robert Fludd—cosa que tampoco admite réplica.

Ahora bien, Helvetius interpreta en su glosa la leyenda de Hiram de modo absolutamente distinto que como se ha hecho despues basándose en los comentarios personales de Elías Ashmole. Así es como se ha tenido por realista á Ashmole, tan sólo porque le nombró el Rey empleado de contribu-

ciones en Lichfield, lo cual no es razon; y si se hace referencia al escrito personal de Ashmole, Carlos I es el gran maestro asesinado cuya muerte es menester vengar. Mas he aquí la verdad de las cosas: el cuaderno del grado compuesto por mi antepasado y por Ashmole fué recompuesto más tarde por éste solo, ó, para hablar con mayor exactitud, Ashmole confeccionó un cuaderno falso, desnaturalizando el primero y haciendo figurar al Constructor Carlos, á quien alevosamente asesinaron tres compañeros enemigos suyos; y era *doble el fin que se proponía*. Ese falso cuaderno del grado fué confeccionado por Elías cosa de diez años despues de que se formó el verdadero: favorecido por la fecha de la primitiva y positiva composicion (1649, año de la ejecucion de Carlos I), consiguió que se pasara por su superchería, creándose con su engañador trabajo un título de fidelidad cerca de Carlos II en el momento de la Restauracion; amen de que, fechado con fraude de 1649, cuando en realidad databa de 1659 ó quizás de 1660, el falso cuaderno encubría el fondo del simbolismo masónico, velaba el diabólico sentido de la leyenda que forma la instruccion del grado de Maestro.

Sólo que, hoy en día, la Historia misma es la que protesta contra la superchería de Ashmole doblemente interesada!..... Sábese, tiempo ha, que Cromwell era francmason aceptado, como se sabe tambien que perteneció al número, reducido por entónces, de los francmasones de cierta categoría

que al mismo tiempo estaban afiliados á la Fraternidad de la Rosa-Cruz. Sábese por otra parte que en 1649 fué exactamente cuando las logias que contaban en su seno con rosa-cruz ocultistas comenzaron á practicar el grado simbólico de Maestro con la leyenda del asesinato de un arquitecto constructor, cometido por tres malos Compañeros... Y Cromwell, que fué omnipotente desde 1649 hasta que murió (1658), ¿habría tolerado Cromwell que en aquellas logias á que pertenecía él y cuyo elemento ocultista estaba formado por amigos suyos, se conspirara para el restablecimiento del trono? ¿Habría tolerado que se practicara allá un simbolismo, imaginado con el fin de excitar á vengar á su víctima Carlos I?... Fuerza es no tener capacidad alguna de reflexionar para admitir semejante cosa, siquier sea por un momento.

Bien pudo creer todas estas cosas Carlos II y otorgar su favor al astuto Ashmole; y se comprende que así haya sido, porque todavía entónces ignoraban los pueblos y los reyes el verdadero trabajo subterráneo de la Rosa-Cruz socinista, y *à fortiori* el de la Francmasonería filosófica naciente, puesto que aún no se conocían ni la parte que tomaba Cromwell en los trabajos de las Logias, ni la fuerza secreta que sacaba de ellas. Hoy, empero, recibir á lo serio el falso ritual de Ashmole que versa acerca del asesinato del Constructor Carlos, sería imperdonable sencillez.

Demás de esto, ahí está, en el Capítulo de *Baldwyn*, de Bristol, el cuaderno interpretativo de Miss Vaughan.—T. I—35.